

El mal aliento

El estruendo robótico del camión de la basura, devorando desperdicios ocho pisos más abajo, sustituyó al soniquete de la máquina de escribir cuando el hombre encorvado cesó de teclear. Llevó su mano huesuda al montón de folios, dispuesto a cargar otro en el carro y continuar un poco más, pero al comprobar que ya era bien entrada la madrugada, decidió parar e irse a la cama.

Como último trámite tras una jornada de trabajo intenso, cogió la hoja recién escrita y, reajustando sus lentes arañadas, repasó el texto. Más que a revisar el contenido intrínseco o la coherencia de lo que acababa de escribir, aquel hombre prematuramente avejentado dedicaba sus correcciones a encontrar fallos tipográficos con la avidez patológica de quien despioja a un niño. Sus ojos, progresivamente abiertos conforme avanzaban por aquel texto immaculado, escupieron un destello de ira cuando encontraron aquel único gazapo destacando justo en el centro del último párrafo:

“... heredero privilegiado de la élite de malas bestias, que antaño convirtieron nuestras vidas en infiernos ocultos a los ojos del planeta, el actual gobierno no muestra pudor alguno al postrarse —entregado y sumiso— ante el capitalismo y el libre mercado que dice combatir.”

Le consoló el hecho de que el resto presentaba un aspecto impecable. Se reafirmó en la decisión, mantenida a lo largo de las últimas décadas, de no claudicar ante el ordenador. La tensión que aplicaba a sus escritos, a no cometer errores al teclear la vieja *Olympia*, resultaba en la cuasi perfección de sus trabajos. Un suspiro de autocomplacencia

acompañó al crujido de sus huesos al levantarse de la silla donde había pasado el día. Otro día.

Se dirigió al baño, lastrado por los achaques y por la vejija llena. El aporreo de la máquina le absorbía tanto que sus fluidos corporales se acumulaban sin apenas notarlo. Muchas veces, la simple acción de levantarse provocaba que sus calzoncillos se mojaran antes de desabrocharse el pantalón. Esta vez tuvo tiempo de llegar al váter, levantar la tapa e intentar dirigir adecuadamente un chorro débil y disperso que se abría en todas direcciones.

Cuando acabó, estudió la imagen que el espejo le devolvía. Su pelo, cano y abundante, brillaba por la propia grasa que, rezumada por el cuero cabelludo, lo impregnaba por completo. Una barba grisácea de varias semanas ocultaba un rostro blanquecino y deshidratado. Resignado ante aquel lamentable primer plano de sí mismo, fue pasando lista a los puntos de su fisonomía que reclamaban atención: la punzada de la rótula derecha y el crujido permanente de la izquierda; la rigidez del cuello que, bajando por la espina dorsal, parecía echar el ancla en el coxis; la migraña imperecedera... Con un manotazo al aire, alejó de inmediato la simple evocación de una ducha caliente, un buen afeitado, ropa limpia y aire fresco. Por ahora, el confinamiento continuaba siendo la opción más segura.

Abrió la boca y sacó la lengua, moviéndola de un lado a otro y comprobando la uniformidad de su tonalidad mortecina. Devolviéndola adentro, unió los dientes superiores e inferiores en una sonrisa artificial. A aquellas formaciones, antes relucientes y ahora cubiertas de sarro, les faltaba poco para romper filas. Tocó algunas piezas con el índice,

comprobando su estado de precariedad. Esto no puede ser, se dijo, imaginando un futuro cercano de sopitas y migas de pan. Además, era hora de estrenar el cepillo dental eléctrico que había encargado a recepción unos días antes. Decidió dedicar, en adelante, más atención a su higiene bucal.

Aquella simple iniciativa le animó un poco.

*

A la hora del almuerzo, la nube que transportaba al suboficial de Estupefacientes paró un momento frente al perchero, junto a la puerta de salida del laboratorio. El agente alargó el brazo y agarró una chaqueta que no era la suya. Inmerso en lo que él mismo llamaba estado de letargo consciente, levitó escaleras abajo lo más deprisa que pudo. Su apetito, de repente, era atroz.

En la calle, sumido ahora en un estado intermedio entre la ensoñación inducida y la concentración propia del análisis empírico-práctico que le habían encomendado, se le distrajo el hambre. A la espera de su vuelta decidió, libreta en mano, abordar de lleno la tarea de observar cada fenómeno con detenimiento, disfrutar de las sensaciones y tomar nota de todo.

Lo primero que llamó su atención, sobre la acera, fue la alcantarilla que cada mañana, al realizar el mismo itinerario, procuraba pisar siempre con su pie derecho. La pieza metálica —ochenta centímetros de diámetro, bordes oxidados y fuertemente encajada al hueco— había desaparecido. En su lugar encontró un agujero de dimensiones mucho mayores,

con la apariencia del cráter causado por el impacto de algún objeto celeste. Asomándose con precaución al borde del precipicio humeante, dedicó un tiempo indeterminado a observar, abajo del todo, el giro del núcleo terrestre, impulsado por las pezuñas sonrosadas de una rata gigante y calva que, ocasionalmente, elevando su cabeza, le miraba y sonreía. La boca abierta del hombre, estupefacto, dejaba caer al vacío cada cierto tiempo unos hilillos de baba, que las altas temperaturas vaporizaban al instante. Entre las corrientes de convección del magma ardiente le pareció ver —entornando los ojos— numerosos brazos, piernas y cabezas, que enseguida relacionó con las ánimas del Hades o de algún otro lugar destinado al suplicio ¿De quién demonios podían ser si no?

Temiendo que el calor procedente de aquella puerta al Averno le achicharrara el bigote, el suboficial de Estupefacientes se alejó de allí, no sin antes advertir a un operario municipal de la necesidad de tapar aquel agujero. Temía por la integridad física de la rata calva si alguien, en un descuido, se precipitaba al fondo. El empleado del Ayuntamiento aceptó la recomendación con un guiño del único ojo que, moviéndose de forma caleidoscópica, dominaba el centro de su frente despejada.

De camino al restaurante, la voz de su cabeza, con timbre alterado, le recitó un poema que se abstuvo de entonar. La composición ensalzaba la estrecha relación existente entre las visiones apocalípticas y el apetito creciente. Súbitamente debilitado por el hambre, accedió al comedor sin más contratiempos. Mientras caminaba entre las mesas, los girasoles que esperaban a ser atendidos rotaban lentamente sus coronas de pétalos, curiosos, siguiendo los movimientos del agente en busca de un sitio libre. Miró hacia arriba. Los diversos olores procedentes de la cocina surcaban el aire, muy cerca de un

techo que parecía elevarse. Arrastraban tras de sí atuendos vaporosos que resplandecían al aproximarse a las ventanas, como hacen los cometas cuando se acercan al sol.

Cuando el suboficial de Estupefacientes tomó asiento, los girasoles, como impulsados por aquella acción, salieron disparados hacia las alturas. Lo hicieron velozmente en el primer segundo, ralentizando sus movimientos durante la siguiente eternidad. Mientras, en dura pugna con la ingravidez, comenzaban a descender, un camarero sin rostro se acercó y, sin entonar palabra alguna, le informó del menú:

—El plato del día es el *pavo rosso* ¿Desea probarlo? ¡Está de miedo!

El suboficial de Estupefacientes rechazó la oferta negando con la cabeza. Tuvo que detener el gesto, ante la sensación de que su cuello, sometido a una suerte de movimiento perpetuo, acabaría dando un giro completo. Elevó el índice, señalando el olor de la hamburguesa poco hecha que, en ese momento, se enroscaba sobre sí mismo, varios metros por encima de una máquina tragaperras. Su estómago rugía como un pozo de leones, pero antes de que consiguiera atrapar una de las olivas que, burlonas, escapaban de un platillo ovalado, recibió una orden en su *busca*.

Apareció allí sin saber muy bien cómo. Se encontraba en una de las habitaciones del octavo piso de un hotel barato, situado en el extremo norte de una avenida secundaria. Antes de comenzar la inspección del habitáculo en busca de sustancias perniciosas, el suboficial de Estupefacientes echó mano al bolsillo de la chaqueta esperando encontrar su *pedómetro*. Cayó en la cuenta de que aquella americana no era la suya cuando, en

lugar del cachivache, lo que encontró fue un preservativo que, anudado en su abertura, contenía una cantidad escandalosa de semen, aún tibio. Por fortuna, pronto dio con el suyo —su *pedómetro*— en el bolsillo de atrás del pantalón. Tras acercárselo a un ojo y pulsar un botón, miró el visor. Tal como imaginaba —pues el resto de agentes allí congregados presentaban apariencias de normalidad— unos guarismos le indicaron que el efecto de las muestras que había ingerido para el análisis empírico-práctico había remitido. Todo lo que tenía ante sí era real:

La mugre reinante.

El cadáver apestoso.

La tapa de los sesos pegada al techo.

La constelación de gotas de sangre que lo salpicaba todo.

El cepillo de dientes eléctrico chamuscado.

La máquina de escribir antediluviana.

El preservativo con la corrida de un búfalo.

Aquella chaqueta que le venía grande.

...

Tras confirmar la ausencia de drogas en aquel estercolero, recabó de sus compañeros información sobre el caso, a fin de justificar su sueldo con algo parecido a un informe. El tipo cuyo cerebro decoraba el techo del cuarto de baño resultó ser Nikolai Nikolarei, disidente ruso con ínfulas de intelectual y mucho miedo a salir de su pocilga. El suboficial de Estupefacientes lió un poco de marihuana “para el camino” y esperó la llegada del juez. En cuanto vio la oportunidad, salió volando en busca del burger más cercano.

*

A miles de kilómetros de allí, Oleg Keolev, Adjunto a la Jefatura del Departamento de Seguridad, palpaba cada recoveco de su mesa escritorio. Aquel ritual incluía el resto del despacho. Lo reproducía, jornada tras jornada, en busca de micrófonos o de cualquier otro objeto extraño. En realidad, todo aquello no era más que la prolongación, en modo personal, de la paranoia que atenazaba a todo el departamento. En su caso, la locura conspiranoica tenía una sólida base sobre la que asentarse: en unos días, habría transcurrido ya un año desde la desaparición de Dimitri, el último del escueto grupo de personas a las que podía llamar amigas que por aquel entonces aún vivía.

Tras cerciorarse de que no había nada anómalo en la estancia, intentó tranquilizarse, sin conseguirlo. Notó que su tensión interior se retroalimentaba. De un cajón de la mesa sacó un pequeño espejo y, observando el reflejo de su rostro, ejecutó unos ejercicios de relajación facial. En media hora tendría que hacer acto de presencia en la reunión semanal de Defensa, y una ceja arqueada, la frente fruncida o cualquier otro gesto de incomodidad podrían ser el principio del fin.

Keolev exhaló un suspiro entrecortado que no le sirvió para resignarse. Al fin y al cabo, reflexionó, vivía y trabajaba en Moscú, en el corazón de ese Estado en el que era imposible respirar tranquilo. Un ramalazo nostálgico cruzó su mente al recordar el momento en que llegó allí siendo un niño, después de que sus padres, represaliados o fugitivos, se desvanecieran en el aire, como la llama de un fósforo en un día de ventisca. Al menos, él continuaba con vida y aparentemente libre, por el momento, de sospecha.

Para ocupar un poco el tiempo, antes de dirigirse a la sala de reuniones, ojeó los informes que la secretaria había dejado sobre su mesa. El *modus operandi* contenido en uno de ellos le hizo perder los nervios definitivamente.

Decidió que, de vuelta a casa, pararía en alguna de esas tiendas de *todo a un rublo* y compraría un cepillo de dientes de los de toda la vida.

FIN